

La ilusionista

Larrañaga Peza Gabriel Alberto _____

Esta historia comienza — querido lector —, a raíz de un encuentro que tuve con una mujer espectacularmente bella, digna de temerle, y de provocar una aprensión inexplicablemente dual, “pavorosa-hermosa”, provocada al caer de la luna sobre la noche y sus ojos sobre mi alma.

La conocí casualmente en mi establecimiento dedicado a las artes místicas. Es un negocio familiar; en donde mi hermana, mi madre y yo damos terapias de Reiki, lecturas de tarot y numerología, entre otras cosas.

El cultivo de mi “yo interno”, derivó en el incremento de mi poder humano, dotándome de habilidades extrasensoriales; también el de hacer creer a los demás en su propio poder interno. *“Ahora me he vuelto un escritor más reconocido”*.

Esta mujer acudió varias veces al negocio; nos hicimos amigos y me platicó acerca de su vida. Me pareció interesante, aunque algo fantasiosa, aun así encontré muchas similitudes con mi propia vida. Años después me atreví a escribir sobre ella, recordando su narración salida de esos labios tan perfectos, como si todo hubiese sido ayer.

La niña traviesa

Desde chiquita siempre fui muy inquieta, me le perdía a mi madre; cuando me buscaba estaba jugando agua en el baño, intentando peinarme con esos grandes cepillos que no eran para una cabecita como la mía, o también se me podía ver de curiosa en algún lugar buscando siempre dónde estaba el chisme y la diversión; con mi vestidito, aunque siempre mojado, por lo mismo de jugar con agua, eso sí, sin perder la clase, una niña vanidosa desde pequeña. Agarraba un pequeño banco que tenía mi madre cerca de donde se tendía la ropa, caminaba muy discretamente con él, siempre de puntitas hasta el baño, me subía a ese pequeño artefacto de madera, abría la llave del agua, y comenzaba a rociarme con mis manitas en toda la cabeza.

También me ponía los tacones de mi mamá y apenas podía caminar, mis piecitos nadaban en esas enormes zapatillas, y me llamaba mucho la atención ver mi pie hundido en esa plataforma femenina llena de brillos, a veces colores y otra muchas veces con pequeños adornos; o por más austera que fuese una zapatilla, ya ejercía un gran encanto

sobre mis ojos; yo tenía que averiguar cómo se hacía eso, descubrir los misterios del verbo extasiar, y ¿cómo es que una persona podía embelesarse por algo o alguien? Eso era como el mar atrayendo al sol hasta tragárselo en la inmensidad, y aunque todo era ficticio ante mis ojos, en la lejanía, el sol parecía dejarse ir en picada ante el embrujo del mar y perdiéndose en el horizonte, y cuando la madurez va apareciendo todo va siendo más claro, el sol es el que manda, es el que rige, y eso de que se oculta es sólo un truco para despistar. ¡Ahh!, pero ¿qué me pasa?, estoy muy melosita, anyhow, a lo que voy; tenía ya desde entonces una increíble forma de hacer magia y escapar no sólo de mi madre sino también de sus regaños.

Pasada la temporada navideña venía la feria de ofertas; parecía que la navidad no hubiese sucumbido. En el almacén de ropa para dama de una prestigiosa marca, todas las mujeres se peleaban por conseguir la mejor prenda; grandes cartelones anunciaban las rebajas: Todo a mitad de precio, y plagado de gente. En épocas de ahorrar esto venía muy bien.

Esa tarde la señora Lourdes Morales asistió con su pequeña hija de siete años, la pequeña Beatriz Morales, Morales, curiosamente sus padres se apellidaban igual.

— Oye Lulú, ¿puedo ir a ver un suetercito del otro lado? — No, ni siquiera hay ropa para niñas, ¡quédate aquí, que hay mucha gente! — Yo no soy niña ya estoy grande.

Beatriz estaba de berrinchuda, su madre la controlaba con breves regaños, ya que estaba más ocupada y embelesada con la ropa; las telas suaves y los colores perfumados embadurnados en maniqués estéticamente bien formados acaparaban la vista de todas las damas, sin distinción de edades. Las luces, las estructuras, y hasta la música, todo formaba un precioso conjunto que al unirse parecía mágico. Lourdes y su pequeña hija flotaban envueltas en la sensación de frescura que el glamour provoca; esos polvos mágicos pasmosos emanando de las luminiscencias de la tela, al igual que las fragancias, el olor a nuevo de texturas armoniosas y simétricamente diseñadas, no podrían ser más que artilugios de la sociedad moderna para hacernos sentir cada vez más cerca de la plenitud, aunque ésta no existe, al igual que la comida siempre se quiere más y más; los ojos de Lourdes se alienaban más, perdiéndose en los tejidos enmarañados en sus pupilas y la indecisión provocada por los constantes bombardeos e incursiones ópticas de la naturaleza postmoderna, a través del arte hecho prendas.

Todas las damas muy cerca de perder la cordura; estaba a punto de llegar el nuevo cargamento de ropa totalmente nueva y a precios increíbles; era una tienda establecida en pleno corazón de la ciudad con grandes letreros y una vistosa iluminación que se hacía acompañar de música; las mujeres de papel se adherían al enganche publicitario de ofertas a base de pegamento, y una vez que pasaban por ahí les era difícil escapar. Época de grandes rebajas, y hasta las rebajas compitiéndole de tú a tú a las rebajas altas, todo por quedarse con la mejor prenda. Y las tiendas, sapos, lagartijas, a veces camaleones, disfrazados, todos esperando a la mosca, a la presa.

Lourdes preparaba a su hija para el caos que se venía. — Espérame nenita que está a punto de llegar la ropa nueva; ¡Mira ponte aquí junto a este estante de zapatos y no te muevas para nada!, porque ahorita todas estas señoras se van a abalanzar sobre la ropa y me van a ganar; prometo que después vamos y te compro lo que quieras. No te muevas de aquí para nada, pase lo que pase. — ¿Y si tiembla?

— No, no va a temblar nena. — ¿Cómo sabes? ¿Qué eres adivina? — Sí nena, soy adivina, así que aquí espérame sí. — ¡Qué bien!, mi papá sabe trucos de magia, y mi mamá dice ser adivina. Seguramente entonces yo también tengo un don especial, aunque no sé cuál sea.

Acto seguido la pequeña y perspicaz niña Beatriz se puso a cantar: ¡Una niña como yo, no se toma a la ligera, no, no, no, y eso va para cualquiera! Una niña.....Sí, ya sé, seguro seré cantante, mmm, aunque no sé qué tenga que ver eso con mis padres.

Beatriz parecía una muñequita, vestida aristocráticamente con un vestido muy fino y su sombrero que la hacía ver una niña con clase.

La revuelta comenzó, apenas y depositaron la mercancía en grandes cantidades sobre el lugar de las ofertas y todas las damas se volvieron unas fieras luchando por la mejor prenda. Lourdes volteó de reojo a ver a su niña, y ésta se probaba unas zapatillas que le quedaban el doble de grandes, entonces al ver a su hija quietecita y entretenida la señora se lanzó a la carga a combatir contra sus afines rivales de moda; las más afortunadas serían capaces de representar dignamente el estandarte de lo Fashion en las aceras de la ciudad.

Había de todo: Codazos y jalneos; parecía que más que compra fuera regalo, y es que el almacén había anunciado por una bocina que a partir de ese momento todo lo de esa área estaba al 80 por ciento de descuento durante dos horas.

Apenas había pasado una hora y ya todo estaba agotado, las damas cuervo dejaron al animal en huesos, los estantes vacíos, y ellas seguían hambrientas de compra.

Abrieron un área más que estaba cerrada al público: ¡Atención!, se avisa a nuestras clientas que todo lo de los estantes en el área que acabamos de abrir estará al 50 por ciento durante media hora.

Esa área era de ropa mucho más fina y cara; el cardumen se deslizó sobre el agua hasta los estantes repletos de pequeños pececitos, deliciosos a la vista, al tacto y al gusto.

Casi ocurre un accidente, fue tal la euforia que entre varias tiraron un estante de ropa de distintos niveles para poder alcanzar las prendas, como esperando que el barco se hundiera, se sumergieron en la gran ola de indumentarias intentando aprovechar su media hora de deleite de telas, texturas y formas.

Finalmente después de un rato todo el relajo concluyó. El árbol que antes era frutal ahora estaba hasta sin hojas, y las finas maderas en caoba de los estantes ahora lucían nuevamente vacías.

Lourdes regresó a donde dejó a su hija, iba cargada de prendas. La niña no estaba; comenzó a mirar en todas direcciones y no lograba hallarla. Caminó por toda la tienda. Se formó en la fila de pago sin dejar de mirar a todas direcciones, y en cada paso que avanzaba su agonía crecía; y aunque ella avanzaba lentamente en su turno en la fila, su corazón avanzaba más rápido como trotando por todo su interior, y el eco retumbaba hasta su cerebro. Después de pagar se avocó a buscarla aproximadamente media hora. Revisó cerca de cada estante. Aparcó por un momento sus ilusiones al ver una pequeña cabecita tierna correr por el segundo piso del inmueble. Corrió desesperada subiendo por las escaleras, y cuando logró llegar hasta el segundo piso ya no estaba la chiquilla; ni siquiera estaba segura si era su hija Beatriz la que corría por esos brillantes pasillos, pero de que era el estilo de su hija, sí que lo era. Y entonces continuó con su angustiante búsqueda. Minutos antes ya le había dicho a una empleada que la voceara, pero sin obtener resultados: *A la niña Beatriz Morales, Morales, su madre la espera en la entrada.*

Lourdes seguía desesperada, no sabía qué hacer; ya se mordía los dedos y taconeaba constantemente en el mismo lugar, como cuando a alguien le anda mucho por hacer sus necesidades en un baño y no lo halla.

Fue con el policía de la tienda y le preguntó. El oficial dijo que sí la había visto, pero que con el relajo después no vio dónde se metió.

Lourdes salió de la tienda a ver si la veía afuera; no estaba. Pronto Lourdes sintió ganas de llorar, sus ojos ya estaban rojos y a punto de reventar en gotas de agua salada, como su suerte; mal día, y todo por un puñado de ropas finas. El tiempo transcurría muy lento, parecía que los minutos se hacían horas. El nerviosismo la invadía, tenía la frente sudorosa. Por un momento en un arranque de desesperación hasta casi deja ahí las prendas por las cuales había batallado hace unos instantes.

A punto de llanto vio a lo lejos que su hija se aproximaba con una señorita trabajadora de la tienda.

— ¿Dónde estabas? Estaba muy preocupada por ti; ¿qué es todo eso que traes en esa bolsa? — Es para ti mami, es todo lo que yo sé que te gusta.

Después la señorita explicó todo lo que la niña le había dicho:

Mire señora, su hija me dijo que agarró toda esa ropa porque usted se la había encargado. También me contó que unas señoras intentaron quitársela; ella huyó a esconderse en los vestidores hasta que todo pasara; me pidió una bolsa y se la di; la niña corrió y me dijo que iba con su mamá; después regresó con la bolsa casi llena apenas arrastrándola; pasado un tiempo vi que no salía de los probadores, entré por ella y le dije que la llevaría con su mami; y bueno aquí la traigo.

Lourdes abrió la bolsa y se dio cuenta que su hija tenía muy buen gusto y ojo para la ropa; era un valioso cargamento lleno de rebajas y buenas prendas; — ¿Cómo le hiciste para saber mi talla Lourdes?, eres una niña adivina. — No mamita, soy una niña muy observadora.

Lourdes decidió pagar las nuevas prendas que su hija había recolectado, se puso tan alegre que ya se olvidó de regañar a la pequeña Beatriz; por un momento sintió ganas de darle unos manazos y reprenderla, pero aunado a eso, Beatriz tenía en ese momento una cara de niña tierna e inocente con la cual era imposible reprocharle algo. — ¿Ahora sí me comprarás lo que yo quiera mamá?

Sí, está bien, pero ya no quiero que me mientas. — hablaba Lourdes con la voz un poco entrecortada, como asimilando —. ¿Qué quieres nena? — Estaría bien algo de Louis Vuitton. Su madre se comenzó a reír. — ¿Qué, de qué te ríes?, eso quiero. — ¡Ay niña!, ¿dónde ves tanta cosa?; ya no te dejaré ver tanta televisión.

En la primaria me volví una niña un poco tramposa; siempre que el maestro nos dejaba mucha tarea, al final de clase iba y le decía que me la redujera al doble y que le compraba algo, el profesor sólo se reía y no decía nada, ya me conocía cómo era. Todo lo que yo hacía tenía un toque especial, como siempre lo dije, marca registrada Beatriz, nadie igual a mí, obvio, segurísima. Y siempre al siguiente día le llevaba al profe una manzana o alguna fruta que me robaba de mi casa y él me perdonaba por no hacer completa la tarea. Los días en que se quería poner más estricto yo me hacía la chillona y le contaba historias tristes de mi familia hasta que hacía que su corazón se ablandara; le decía que era una niña maltratada, eso era muy efectivo.

Todo siempre fue bien, con cualquier maestro me las ingeniaba para estar de floja. Con las maestras sí tenía que estudiar, ellas no caían en mis juegos.

Un día salió a flote una de mis mentiras; recuerdo que mandaron llamar a mi madre:

¡No sé por qué sea mami!, yo me porto muy bien — le comenté —.

Yo desde pequeña siempre andaba a la defensiva, parecía que ya tuviera planeados mis argumentos, y para ir en la primaria creo que estaba muy bien.

Cuando mi madre llegó el director y la psicóloga de la escuela le dieron una buena regañada, le dijeron que estaban enterados de que ella ejercía violencia física contra mí. — No, debe haber un error, yo ni siquiera le pego a mi hija Beatriz, y eso que a veces me hace tanta grosería que se lo merece; Aun así, yo nunca la reprimo con violencia física.

Mandaron a traer a la niña Beatriz a su salón de clases. Ella presentaba unas marcas en sus brazos, las cuales ni la madre ni Beatriz supieron explicar. Beatriz se quedó muda, no dijo palabra alguna, por más que la bombardeaban con preguntas, lo único que hizo fue llorar y decir que le dolía la cabeza, que tenía ganas de vomitar.

Más tarde en casa la niña le confesó a su madre que un niño le había hecho eso, pero que ya había mandado a otros niños a pegarle.

La madre se quedó preocupada, pero con los días todo pasó y quedó en el olvido. Aunque Lourdes, conociendo a su hija supuso que tal vez ella se hizo sola esas marcas al pegarse con algo, aunque jamás se imaginó que fuera algo a propósito o planeado; una niña no sería capaz de eso; Beatriz tenía mucha imaginación lo sabía su madre.

Una vez que llegó con las rodillas raspadas dijo que se había caído porque unos extraterrestres la perseguían. ¿En dónde en la escuela?, — le dijo burlescamente su madre —. Sí en la escuela. — Sí claro cómo no.

A Beatriz siempre desde chica le sucedían cosas relacionadas con extraterrestres, con fantasmas, o con personas que veían el futuro, sin embargo nadie le creía, pero ella estaba convencida de que tenía un don, e incluso que algún día desarrollaría alguna clase de poderes ocultos.

Mi madre piensa que le miento, pero sí sucedió así.

Yo iba ya en tercer grado de la secundaria. Aquél día no sé cómo o por qué se me ocurrió, creo que porque había visto un anuncio en la televisión en donde mostraban que el arte no tenía nada de aburrido y promocionaban un museo, yo le dije a mi amiga Yuritzi que fuéramos; nos la pasamos efectivamente muy divertidas ese día en aquél museo interactivo donde podíamos crear cosas con principios básicos de la química y física, aun sin saber mucho o nada de ello. Ahí sí se aprendía, aunque sea jugando a hacer figuras con una especie de moco verde, o armando huesitos de dinosaurio; y también se aplicaban las leyes de la física para crear magia; sí magia, cómo la que yo quería hacer. Yo pensé en ese instante que cuando entrara a la Universidad quería estudiar química o física o algo así; eso no importa mucho, lo que realmente importa es el hecho insólito que me sucedió ese mismo día.

Salimos muy felices como si nada y muy campantes; un señor con aspecto medio andrajoso se nos acercó, me espanté un poquito, no estaba acostumbrada a tratar con ese tipo de gente; pensé que nos pediría dinero, sin embargo, cuando comenzó a hablar noté que era amable y centrado; tampoco era un indigente o algo así, más bien era un señor muy raro con una vestimenta poco común; no actuaba como un loco, parecía totalmente cuerdo y centrado en sus palabras. Vestía un trajecito café con parches de colores y un sombrero negro, tenía una gran barba y adornos colgaderos por doquier. Y comenzó a hablar elocuentemente sin parar, casi sin derecho de réplica de nuestra parte. Él dijo que podía leernos la mano gratuitamente; mi amiga y yo accedimos, aunque al principio un poco incrédulas, pero terminó por persuadirnos.

Lo que según decía de mí en mi mano era muy cierto, en cuanto a mi forma de ser y mi carácter. El tipo dijo que yo era como una flama difícil que en cualquier momento podía incendiar todo; una ola grande de las que tiran a los surfistas, un huracán tirando pequeñas chozas; que cuando estaba en calma era tan inmensa como el mar, tan reluciente como la luna; incluso me hizo recordar a mi padre, ya que él lo mencionó; dijo que fue y sigue siendo alguien muy especial para mí; que después de que él se había marchado, su ausencia me había comenzado a afectar.

Efectivamente mi padre había muerto el año pasado. Aún recuerdo cuando yo estaba sentadita en el sillón escuchando sus historias y él nunca me descuidaba, yo era su niña, su consentida, incluso por encima de mi hermano mayor.

Era una niña traviesa que se pasaba haciéndole maldades al hermano mayor. Y el papá aplacando a su bella brisa casi huracanada leyéndole cuentos y enseñándole trucos de magia. Desempolvando los viejos libros aún de pasta gruesa: Alicia en el país de las maravillas, Don Quijote de la Mancha, y los tres mosqueteros, sin olvidarse del gato con botas. La madre mientras tanto preparando un rico guisado, y el hermano mayor jugando fútbol con los vecinos y sus amigos de la calle. Todos siempre en bicicleta o patineta, muchachitos en pantalones cortos y cabello alborotado.

Y Beatriz con su vestidito y zapatitos de charol, un peinado de colitas y pese a ser niña un montón de pulseras y collaritos. El papá un hombre elegante siempre bromista y contradictorio con su aparente semblante serio. Y la madre circunscrita a los avatares de la modernidad y la moda, sazonados con los sabores de hogar y madre hogareña, aunque sin autoridad.

Después cuando entré a la secundaria aunque ya me comenzaba a portar mal, no obstante siempre fui la reina de la casa. Todo lo que yo quería, mi papá intentaba comprármelo dentro de sus posibilidades; me decía: Mi Betty Linda.

Fue un 20 de noviembre lo recuerdo bien porque ese día era algo de la revolución mexicana y me hicieron vestirme creo que de Adelita o revolucionaria, algo así; el caso es que yo iba en segundo de secundaria y aquél día estaba de rebelde en que no quería vestirme con esa porquería de ropa que me hacía perder toda la clase, esa reputación que me caracterizaba.

Mi mamá siempre iba por mí a la escuela, a excepción de los viernes que ella salía hasta la noche de trabajar; yo sabía aprovechar muy bien ese día.

Pero aquél 20 de noviembre no era viernes, sino martes. Estuve esperando a mi madre alrededor de una hora y no llegó. Fui al teléfono de monedas, marqué a mi casa y nadie contestó. Entonces me fui a casa. Cuando llegué no había nadie, se me hizo muy extraño.

Una hora después sonó el teléfono; contesté y era mi madre. Se le escuchaba muy seria y con voz entrecortada, parecía estar llorando.

¡Qué bueno que llegaste ya a casa hija! Estoy en el hospital. Tu padre tuvo un accidente, está grave. No te quería preocupar, pero es mejor que lo sepas; te estaré informando cómo sigue; en un rato te vuelvo a llamar. Y colgó el aparato telefónico; me dejó muy preocupada.

El señor Héctor Morales salía del trabajo, manejaba hacia casa esperando encontrarse con su familia; adoraba llegar a casa y comer en compañía de su esposa Lourdes y su hija Beatriz.

Una camioneta hizo un rechinar de llantas al frenar de golpe en un alto. El señor Héctor volteó a su lado izquierdo y vio a unos jóvenes que iban bebiendo y con música de

banda a todo volumen, estaban rapados casi al estilo militar, eran cuatro como alcanzó a percibir Héctor; dos de ellos eran incluso demasiado jóvenes, como de secundaria. Voltearon y se quedaron viendo mucho hacia el auto del papá de Beatriz. Él tuvo que virar la mirada hacia otro lado mientras se ponía el siga. Uno de ellos sacó un arma hacia la ventanilla. El automóvil de Héctor era de modelo reciente, de buen ver; él tenía miedo de que se lo fueran a robar, y peor aún lastimar su integridad física.

Entonces se puso el siga y Héctor se fue a velocidad intermedia intentando que los sujetos lo rebasaran; eso no ocurrió y fueron casi pegados detrás de él. En un cambio de estrategia Héctor comenzó a acelerar hasta alcanzar una gran velocidad, y los sujetos hicieron lo propio.

Finalmente una patrulla le salió al paso y le hizo el alto. Gracias a dios que los veo dijo él. Explicó a los policías que lo seguían y por eso es que iba a gran velocidad. Los policías no le creyeron y le levantaron la infracción. ¿Cuál camioneta? No hay nada. Lo vamos a infraccionar, ahora que si lleva mucha prisa, pues, díganos y nos ponemos a mano con algo, usted dirá.

La camioneta no se veía y Héctor siguió su camino rumbo a casa con más tranquilidad. En una esquina se llevó la sorpresa de su vida. Los sujetos de la camioneta lo esperaban con las luces apagadas. Él intentó acelerar, pero le cerraron el paso. Su intento por huir hizo que en vez de frenar acelerara más y se impactó contra ellos; el choque fue estremecedor.

Tanto Héctor como los sujetos quedaron totalmente ensangrentados con grandes heridas. Uno de los tipos que aún se encontraba consciente bajó como pudo de la camioneta y se dirigió hasta el auto de Héctor quien aún se encontraba con vida y agonizaba. El tipo era muy joven, se veía descontrolado, ensangrentado, parecía derramar una lágrima. Comenzó a gritarle al papá de Beatriz: Sólo queríamos robarte, no secuestrarte, arruinaste todo viejo estúpido, ahora todos mis amigos están muertos, incluso mi hermano, me las vas a pagar; no te saldrás con la tuya, aunque sea te llevaré arrastrando.

Sacó su pistola y apuntó hacia Héctor, quiso que descendiera del vehículo.

— No puedo estoy atorado, ¿cómo pretendes que me baje?

El joven lo jaló y sacó de su automóvil.

Se escuchó a lo lejos un sonar de ambulancia. Y cuando eso pasa la policía también viene en camino.

Héctor vio que el sujeto volteó hacia su lado contrario dándole la espalda, dispuesto a regresar por donde vino; al fin se sintió a salvo, todo había terminado; pero el hombre volvió a virar intempestivamente y le disparó. Después corrió entre calles hasta perderse.

Trasladaron de emergencia a Héctor al hospital donde duró tres horas con vida, después su cuerpo no resistió.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

